

que, no obstante, no se extienden más de lo debido. Iriarte no quiere postular, se entiende que conoce del tema y que ha puesto todas sus esperanzas en un cadáver que sabemos mutilado mucho antes de que se nos quiera informar de ello; su chivo expiatorio le servirá hasta bien entrada la narración para hacer revista de sus inquietudes literarias y sociales, después, sólo es cuestión de leer esas últimas páginas para corroborar el 'hallazgo'.

En el capítulo "La búsqueda", subdividido por igual en bloques narrativos que posteriormente se interrelacionan, la noticia de los asesinatos en una Facultad de Medicina reanima una historia adormilada—quien escribe ya estaba a punto de ser vencido por el sueño— y lleva la típica historia de secuestro al paraje de las psicopatías. Ávidos de cadáveres para sus prácticas en el anfiteatro, los estudiantes de medicina deciden proveerse de 'cadáveres frescos' compuestos, sobre todo, de indigentes y vagos a quienes nadie ha de extrañar. Hasta ahí, todo va bien. Un poco más adelante, y recordando el título de esta novela, el juego se nos revela. Iriarte siente que a esta altura de su historia nadie ha comprendido la treta, pero ya es demasiado tarde y lo que sigue es terreno hartó conocido.

Muerto, vendido y desaparecido para siempre recurre a otros recursos, también de corte cinematográfico, que son no sólo su comodín sino el soporte del juego narrativo que ha creado. Constantes *flashback*—que nos llevan de un cementerio musulmán en El Cairo, a un atasco vehicular en Cartagena— y un cruce de historias que esclarece todo el contubernio relacionado con una desaparición. Personajes como Edy o "La caleña" poseen fuerza, son accesorios pero no molestos, no se sabe qué pitos tocan en el asunto del egipcio hasta que entendemos por fin su relación con el caso. Por ahí van bien las cosas, por el otro, vemos como se resuelve el problema político, los homicidios de indigentes y es en este punto donde todo empieza a desfallecer. Salvamos al-

gunos trechos de disertaciones éticas, como el también mencionado por Giraldo en la tapa del libro: "Somos imaginados que imaginan, consistimos en sueños que sueñan. Todo lo crean nuestros ojos turbios que tampoco son realidad, porque hacen parte de sombras. El comienzo y el fin es lo mismo, tal como el camino intermedio".



Sabemos, por boca de Iriarte desde la carátula de su novela, la suerte que corre Nazim Hussein. Debo, no obstante, y a favor de la intriga, dejar algunos episodios en el tintero, algunas pequeñas estratagemas que salvarán al lector del aburrimiento, como atar todos los cabos que van quedando sueltos mientras que el autor se adelanta o retrocede para seguir esbozando la cantidad de personajes que han entrado en escena y que permanecen a la espera para participar de lleno en la historia principal.

Para terminar su novela, Iriarte decide tomar algunos riesgos extras y arremete con una suerte de monólogo a dos voces en que Nidal recuerda a Nazim, su hermano. Salta de la primera persona a la tercera en algo que resulta adecuado para cerrar el libro. A veces, sin embargo, el melodrama se apodera de las palabras de Nidal—puede ser comprensible—, a veces hay equilibrio y las cosas parecen marchar bien. Cerramos la novela y queda la impresión de diez o doce imágenes importantes, ningún texto o dato de relevancia y nada más que un triste hueso: "Un solo húmero largo, amarillento, fracturado por la mitad,

como el que podría haber sido de un escritor peruano que en vida auguró morir en París con aguacero".

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

Posdata. Pocos días antes de iniciar la redacción de esta nota, un par de amigos del autor me informaron sobre la intención de llevar su novela al cine. Ahora bien, sopesando lo anotado atrás y viendo la riqueza en recursos cinematográficos de la que goza, asumo que de seguro tendrá mucho más valor como película que el poco significado que le hallé como libro. Esto mismo ha venido sucediendo con otras novelas cuyo valor literario es reprochable, pero que cobran especial interés al ser llevadas a la pantalla, véase el caso de *Perder es cuestión de método* de Santiago Gamboa o, mejor aún, de *Rosario Tijeras*, libro de Jorge Franco Ramos de quien se ha adaptado también la novela *Paraíso Travel*.

Textos costeños. Dos versiones de Macondo: Cartagena y Ciénaga

**García Márquez en Cartagena.
Sus inicios literarios**

Jorge García Usta
Seix Barral, colección Los tres mundos, Bogotá, 2007, 322 págs.

**El misterio de los Buendía.
El verdadero trasfondo histórico
de Cien años de soledad**

Guillermo Henríquez Torres
Editorial Nueva América, Bogotá,
2006, 396 págs.

Debería estar prohibido al menos durante los próximos cien años escribir más sobre García Márquez. Estamos hasta la coronilla. Y sin embargo... cuando alguien nos entrega el trozo biográfico más amplio y bien logrado de una época de la

vida del escritor y cuando otro dedica un ameno libro entero a la historia de una de las poblaciones más significativas del Caribe colombiano, Ciénaga, la capital de la zona bananera, aunque nada tuviera que ver con García Márquez, tenemos que estar de plácemes.

Nunca dejaremos de lamentar la desaparición de Jorge García Usta, nacido en 1960 en otra Ciénaga, la del departamento de Córdoba, y muerto en Cartagena en 2005, demasiado prematuramente para la inmensa labor que estaba ejecutando. García Usta, muy juiciosamente a mi parecer, escogió el estudio de los dos paradigmas costeños de la escritura en el siglo xx colombiano, García Márquez y Héctor Rojas Herazo. Y lo hizo acudiendo a fuentes primarias: los propios escritores, sus amigos, el medio en el que vivieron en periodos poco estudiados de sus vidas.



El libro de García Usta, en realidad, recoge trozos fragmentarios que el mismo autor había presentado en revistas y en otros libros, para formar ahora un panorama bastante consistente del paso de Gabo por Cartagena como periodista del diario *El Universal*, después del 9 de abril de 1948, cuando se tuvo que ir de Bogotá tras la quema de la pensión en la que vivía por parte de las turbas, sólo para llegar a Cartagena tan pobre que fue botado de otra pensión por no tener con qué pagar la renta. Luego vendría el periodo del famoso Grupo de Barranquilla, sobrevalorado según García Usta,

absolutamente falso e inexistente según Néstor Madrid-Malo. Uno de los aspectos en los que más insiste García Usta es en la poca veracidad que encierran los testimonios del francés Jacques Gilard, quien se encargó de “inventar” no solamente al Grupo de Barranquilla, sino de regar todo tipo de falsedades, como primer estudioso europeo importante de la obra del nobel colombiano, en detrimento de lo verdaderamente importante. Estoy de acuerdo con García Usta. Las afirmaciones de Gilard son tan temerarias y débiles como las que podría yo dar a los franceses de Toulouse sobre su ciudad y su entorno. Pero contribuyeron a crear entre nosotros el mito, en una época en la que no estábamos acostumbrados a estudiarnos a nosotros mismos.

El periodo de Cartagena es fundamental por muchos aspectos. En primer lugar por la influencia de algunos personajes que habrían sido mucho más importantes en la formación de Gabo que cualquiera de los del grupo de Barranquilla, como Clemente Manuel Zabala, el director del periódico, “un escritor cuya ironía inteligente y maestra no tenía rival”, quien recibió a Gabo con la sola recomendación de los famosos cuentos que le había publicado Eduardo Zalamea Borda en *El Espectador*. O Gustavo Ibarra Merlano, fundamental en la escritura de *La hojarasca*, libro eminentemente cartagenero como lo demuestra García Usta, así como su primer lector, con una revelación que dejará frío al escritor y lo pondrá a leer a los clásicos: ¡Gabo, esto es Sófocles! La solución de Gabo, cuenta Ibarra, fue maestra: poner al principio de la novela un epígrafe de Sófocles. Claro está que Ibarra siempre dijo con gran modestia que los elogios que le brindaba García Márquez no pasaban de ser generosas exageraciones. No obstante, García Usta recalca la importancia de Ibarra Merlano en la historia del cine colombiano y señala que sus crónicas de la década del cincuenta “constituyen una de las reflexiones más lúcidas del momento sobre el sentido y las realizacio-

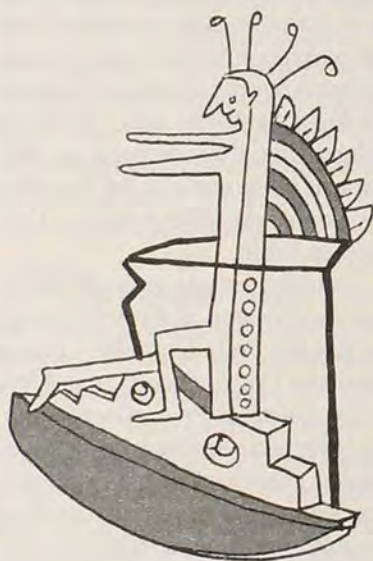
nes del cine universal”. Si sumamos a esto el redescubrimiento de Ibarra Merlano como poeta, hecho especialmente por Juan Gustavo Cobo Borda en los últimos años, empezamos a pensar que en este abogado de aduanas se escondía uno de los más grandes escritores colombianos de todos los tiempos.

Dice el autor: “Uno de los temas sobre los cuales se habla más y se escribe menos en el ambiente literario colombiano es el de las relaciones literarias y periodísticas entre dos grandes fabuladores costeños de este siglo, Héctor Rojas Herazo y Gabriel García Márquez”. Rojas Herazo escribía como García Márquez antes de García Márquez y es “la fuente colombiana más notable y dinámica del mundo de Macondo y su influencia más rica y diversa”. Fue su émulo periodístico en una competencia llena de calidad y de guiños de ojo de uno y otro lado; también faulkneriano, también lector de Malaparte, “el novelista más controversial de la posguerra”, aunque mucho más francofilo que Gabo (en Cartagena nunca se tomaron muy en serio el existencialismo francés), pero en todo caso una figura que está reclamando un lugar de honor en la literatura colombiana, al que creo que ya le llegará su hora, como le ha llegado a los poetas Aurelio Arturo y Raúl Gómez Jattin.

También está la amistad del joven escritor con el dirigente político Ramiro de la Espriella y con su hermano Óscar. Dice García Usta: “Con Óscar, el joven García Márquez visitará parques y burdeles, en los que escuchará de labios de amigos sabaneros la mayor cantidad posible de anécdotas, relatos de personajes y atmósferas, aclimatadas por la sabrosura del relato oral”. Suponemos que para algo más que aquello habrían ido a los burdeles.

Pero la figura central del libro hace que éste bien pudiera llamarse *Biografía de Clemente Manuel Zabala*. Con ejemplos concretos tomados de las crónicas de Zabala, García Usta va siguiendo la evolución en el estilo de García Márquez, que incluso se verá durante el pe-

riodo de Barranquilla, y de las famosas “jirafas”. La primera jirafa, heredera del estilo de Zabala y de las greguerías y gollerías de Ramón Gómez de la Serna, fue escrita en Cartagena, por influjo directo de Zabala. Tenía, dice Gabo, “un lápiz rojo, gracias al cual las notas malas que yo empezaba a escribir se volvían buenas”. Maestro tanto de García Márquez como de Rojas Herazo, Zabala es reconocido por el propio Gilard, como más importante como influencia que Ramón Vinyes, aunque lo despacha encogiéndose de hombros pensando que nada de lo que escribió y que ahora exhibe García Usta, existe. Tanto García Márquez como Rojas Herazo son “deudores felices de Zabala”. Dice Rojas Herazo: “Era un hombre-lámpara. De esos que, aun permaneciendo en silencio, siguen iluminando”. Pocos días antes de morir, al leer una serie de elogios a sus dos discípulos, le dijo al periodista Santiago Colorado:



—¿Te has dado cuenta, andino? Yo tenía razón.

Uno de los momentos más imaginativos de este Grupo de Cartagena es la creación colectiva (mientras que el Grupo de Barranquilla no creó nada) de un poeta ficticio, el nicaragüense César Guerra Valdés, mezcla de Neruda y Barba Jacob, en el cual trabajaron Zabala,

García Márquez, Rojas Herazo e Ibarra Merlano, quien incluso le hizo una entrevista imaginaria.

Mientras en el libro de García Usta el personaje central es Zabala, en el de Guillermo Henríquez Torres es una ciudad: Ciénaga. *El misterio de los Buendía* no se ocupa tanto de la biografía de Gabo como de las fuentes concretas de los personajes y las situaciones de Macondo y está más emparentado con *Tras las claves de Melquíades* (2001) de Eligio García Márquez, aunque al parecer fue escrito antes, que con el de García Usta. El libro parte de la premisa, que está lejos de ser probada a mi entender, de que *Cien años de soledad* es una novela en clave. Puede parecer algo pueril y pretencioso que alguien subtitule un libro como “el verdadero trasfondo de Macondo” y se tome la molestia de dedicar su vida a demostrar que el verdadero Macondo es su propio pueblo, Ciénaga, “la ciudad de los espejos y de los pianos”, y que la familia Buendía no es más que una mezcla entre las familias Henríquez y Díaz Granados, o sea, las del autor. El prólogo de Carlos Uribe Celis exagera más que el libro, hasta el punto de identificar al Sulaco del *Nostromo* de Joseph Conrad con Ciénaga. Pero el libro va mucho más allá de eso, y su valor es muy superior, tanto que aun cuando la relación fuera absolutamente circunstancial con las fuentes de Macondo, la historia es notable. Ponerla a girar alrededor de Gabo podría ser poco trascendente, como no fuera porque el atractivo publicitario y el periodo histórico retratado es tan importante, así como el retrato del entorno general del autor, del “Macondo esencial” tan vívido, que el libro parece un episodio más de la *Historia doble de la costa* de Fals Borda que un esfuerzo narcisista por sentirse parte de la historia. Como historia pintoresca de la ciudad de Ciénaga también está muy bien, y a veces la documentación es tan asombrosamente exacta que se diría que la fuente de lo narrado no puede ser otra que la que nos da el autor y que la obsesión de Henríquez tiene ba-

ses sólidas, como cuando señala que por razones cronológicas obvias, el general que Gabo vio en casa de su abuelo no pudo ser Uribe Uribe sino Benjamín Herrera, aunque en ocasiones se le vayan las luces interpretativas hasta llegar a delirios al estilo de los de Schliemann con la ciudad de Troya, como éste: “Al tomar como referencia el hecho de que, desde la cumbre nublada vieron la ciénaga grande, se puede asegurar que los Buendía se enrumbaron hacia Ciénaga y no hacia Aracataca, ya que desde sus parajes elevados cercanos se ve la albufera, lo cual es difícil en el camino de Aracataca”. Eso es ir un poco lejos en entusiasmo. Pero bueno, Schliemann encontró a Troya. Acaso Henríquez contrate un día un grupo de arqueólogos y descubran las ruinas perdidas de Macondo. ¡Nunca se sabe!



Pero en contra de tanta precisión, me quedo con lo que afirma Gonzalo de Francisco: “No es que en la familia de García Márquez sucedieran un montón de cosas extraordinarias, sino que era la única familia que tenía escritor para contarlas”. Porque todo en Colombia, y en especial en la Costa, es Macondo.

Aparte de algunas evidentes exageraciones para acomodar los hechos a la interpretación, la investigación del autor es juiciosa y equilibrada. El problema fundamental de este libro es que es demasiado disperso. Pica aquí y pica allá y por todas partes en un intento por darle consistencia a la teoría. Ya es sabido que el exceso de argumentos en favor de una idea crea brechas por las cuales se escapa

la credibilidad. No obstante, abunda en datos muy interesantes, como la planeación y construcción de la ciudad por el padre de Alejo Carpentier. En Ciénaga vivió también el sabio catalán, Ramón Vinyes. La última batalla de la Independencia se libró en su territorio, así como la última de la Guerra de los Mil Días, igual que la firma del tratado que le puso fin, episodio también narrado en *Cien años de soledad*.



Con una persistencia admirable y casi conmovedora, el autor se empeña en encontrar los modelos de todos los personajes de Macondo en cienagueros con nombre propio y estirpe familiar. En un intento por vincular a su familia con Macondo, Henríquez traza la historia de los judíos llegados de Curazao a tierras colombianas, a los que identifica con los gitanos de Macondo. Los papeles de Melquíades contendrían la historia del pueblo judío. La cola de cerdo de los hijos incestuosos sería prueba del judaísmo de la familia Buendía y el propio Gabo, por la familia Cotes de Riohacha, de origen sefardita, tampoco escaparía a su origen judío, según Henríquez. Aquí hay judíos por todos lados, tanto que se diría, como en tanta cosa que se ha publicado sobre el origen antioqueño de los judíos, que se trató de una inmigración en masa más que de la llegada de algunos fugitivos dispersos que sentaron sus reales en territorio nacional.

Pensándolo bien, cualquier fuente es válida. En el Líbano, los colombianos somos bien vistos porque

Shakira es considerada una heroína nacional. Alguna vez me sorprendió el embajador de Macedonia en Francia con un saludo demasiado efusivo. Luego explicó: ¡Los macedonios aman a Colombia y se supone que los colombianos tenemos un vínculo de sangre muy estrecho con ellos porque su país aparece mencionado en la primera página de *Cien años de soledad*! Diría uno que eso es hilar muy delgado y, sin embargo, se siente la presencia de un afecto real apoyado en un lazo tan poco sólido. Yo siempre he tenido para mí, con el perdón de los macedonios, que el vocabulario geográfico de García Márquez se apoya en la hermosa sonoridad de nombres como Macedonia, más que en la realidad de los lugares. Qué le vamos a hacer. Las ciudades de Valparaíso y Viña del Mar son feas comparadas con la belleza de sus nombres. Pero lo que nos cuenta Henríquez sobre la inmigración judía a la costa es valioso y está bien escrito.

Otra parte del libro se ocupa de la zona bananera y de la célebre matanza, en territorio de Ciénaga, en el año de 1928. Otro fragmento, acaso el más valioso desde el punto de vista historiográfico, estudia admirablemente y con gran riqueza de datos la historia del Carnaval de Barranquilla.



La comparación entre los dos libros —entre tanto farrago macondiano tal vez sea esta la única ocasión histórica para hacerla— ofrece más de una secreta curiosidad. Para mencionar un solo ejemplo, mientras para García Márquez el apellido Buendía viene del ambiente político de Cartagena, para Henríquez es un trasunto de sus antepasados judíos.

Sí, debe hacerse justicia a la costa, no solamente en sus escritores, los más grandes que hemos tenido, sino en sus intérpretes. A veces parece que sólo tuvieran permiso para escribir sobre los temas más importantes de la costa los escritores afincados en la fea capital de los treinta y dos campanarios. Estos dos libros son buenos. Ambos tienen conocimiento inmediato de su tema y deberían en adelante ser fuentes primarias en la bibliografía macondiana.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

El humor de la literatura

R. H. Moreno-Durán.
Fantasia y verdad. Valoración múltiple

Luz Mary Giraldo (comp.)
Universidad Nacional de Colombia,
Unibiblos, Bogotá, 2005, 378 págs.

Las agudas directrices suministradas por Luz Mary Giraldo en la compilación de este libro sobre R. H. Moreno-Durán, parecen haber cobrado mayor importancia ante la posterior desaparición del escritor en noviembre de 2005, año en que se le otorgaría la Gran Orden del Ministerio de Cultura de Colombia, seguida de la publicación de una selección de ensayos y apuntes sobre su obra bajo el título *R. H. Moreno-Durán. Fantasia y verdad. Valoración múltiple*. Vale la pena anunciar entonces la fortuna de un libro cuya 'valoración múltiple' consiste precisamente en reunir la memoria crítica que dio cuenta en su momento de una obra algo alejada de los favores comerciales y, por alguna extraña razón, de buena parte de los medios que auguraban la crítica literaria en Colombia, tal y como anota Germán Espinosa en el primer texto aquí recogido:

Indudablemente, [R.H.] personifica como el que más un momen-